

Poco despues vieron ondear en los palos la bandera de España.

Y sin embargo, no habia tiempo de que hubieran llegado las carabelas y de que llevasen á Colon los refuerzos y víveres que pedia.

Pero ¿no podia ser aquello que se hubieran anticipado á sus deseos los reyes?

El almirante pensó tambien que podian ser algunas de las carabelas que habia enviado últimamente á España, las cuales por efecto del temporal regresaban.

Capítulo LVIII

Los hermanos de Colon.

Tanto habia afligido al almirante la determinacion que habia tenido que tomar para poner coto á la rebeldia de Bernal Diaz de Pisa y sus secuaces; tanto lamentaba tener que recurrir á medidas extremas para mantener la disciplina y el respeto á su autoridad, que su enfermedad se agravó, y por algunos momentos inspiró serios temores al doctor Chanca, que no se separaba nunca de su lado por que habia tenido ocasion de conocer las grandes cualidades de Colon y le servia con lealtad y desinterés.

Isabel, que á pesar de su pena estaba muy agradecida á las bondades de Colon, le asistia con el mayor esmero, ocultando siempre á los ojos de todo el mundo el misterio de su existencia.

Pero un personaje que habia formado parte de los navegantes, y que hasta entonces habia estado oscurecido, por más que observase siempre al almirante con el mayor interés y curiosidad, al ver que su enfermedad se agravaba, aprovechó un momento oportuno para tener á solas una entrevista con Cristóbal Colon.

Antes de pasar adelante conviene que se fije la atención del lector en algunos antecedentes de la familia del almirante, porque han de servirnos para comprender muchos de los sucesos que debian completar su historia en el porvenir.

Al referir Colon su vida al prior de la Rábida, Fray Juan Perez de Marchena, contó someramente los sucesos de su juventud, manifestando que tenia dos hermanos y que era hijo de un cardador de lanas de Génova.

En los años de su infancia, en los albores de su juventud, concibió hácia su hermano Bartolomé un afecto mucho más grande que el que profesaba á Diego y á Marietta, su hermana menor.

Nacidos y criados los tres hermanos en el seno de una república, cuya vida marítima era muy importante, tenian necesariamente que abrazar con entusiasmo la profesion de marinos.

Niños aún, acudian á la playa en el momento en que las embarcaciones iban á darse á la vela, y natural era que su infantil curiosidad les impulsase á preguntar á dónde iban.

A estas preguntas respondian las maravillosas

descripciones de los países que los viajeros visitaban, y era natural que se despertase en ellos el deseo de ir tambien á aquellos países lejanos en los que habia riquezas, y para llegar á las cuales tenian que desafiar las iras del mar.

Los tres, desde su más temprana edad, se propusieron ser marinos consumados, con lo cual no hacian mas que seguir la tradicion de su familia; porque ya he tenido ocasion de decir en otro lugar que no habia sido Cristóbal el primer almirante de su apellido, y que desde muy jóven tomó parte en las atrevidas empresas que su tio y sus primos emprendian.

Dotados los tres hermanos de superior inteligencia, tuvieron que obedecer á esa ambicion que domina á los hombres cuando su cuerpo permanece en la prision de la necesidad, y su alma vuela libre por las regiones del lujo y de la esplendidez.

Su padre era muy pobre.

Su madre habia muerto en muy temprana edad, y faltaba para ellos en la casa ese lazo, ese atractivo que sirve de contrapeso á los deseos que tienen los jóvenes de volar por el mundo.

Los tres hermanos convinieron en hacer fortuna para librar á su pobre padre de la esclavitud del trabajo; pero mientras llegaba el suspirado momento de partir, le ayudaban todos en el desempeño de su oficio.

Cristóbal, más afortunado que sus hermanos, con gran alegría de ellos, porque le querian en extremo, fué á estudiar á Pavia.

Antes de despedirse de sus hermanos asistió á una escena que le sirvió para conocer más y más el carácter de cada uno de ellos, y para fijar en su alma el aprecio que en lo sucesivo debía profesarles.

Estaba en visperas de partir, y paseaba con sus hermanos por el muelle de Génova, cuando vió multitud de curiosos que asistían al espectáculo de una lucha entre dos chicos de catorce á quince años.

Uno de ellos era muy corpulento y tenía más edad que el otro, así es que llevaba gran ventaja en la lid.

Iba á caer el más débil, cuando Bartolomé, colocándose en medio de los dos y separándolos, comenzó á denostar al más fuerte, empeñando con él una lucha en la que quedó victorioso en medio de los aplausos de la muchedumbre.

Fueron separados, y entonces Diego se acercó al joven que había sido vencido por su hermano, le preguntó con el mayor interés si había sufrido alguna herida y le consoló hasta donde era posible.

Cristóbal, jóven aún, vió en la actitud de Bartolomé el sentimiento de la justicia y la energía del valor; en Diego la bondad, pero una bondad exagerada que se parecía mucho á la pusilanimidad.

Cristóbal Colon reunía las cualidades de los dos, pero en mayor grado las de Bartolomé, razón por la cual se aumentó en su alma el efecto que le profesaba.

Pasó algun tiempo lejos de ellos amaestrándose en las faenas marítimas, estudiando la geografía y la náutica.

Al volver á su casa, halló á Bartolomé resuelto á abandonar su patria por los azares de los viajes á regiones desconocidas.

Diego, por el contrario, había perdido su afición al mar, había entablado amistosas relaciones con los frailes de un convento de franciscanos, y sus aspiraciones eran consagrarse á la vida monástica.

El padre de Colon vivía de una esperanza.

Sus hijos dedicados á la marina hallarían protección en su primo Cristóbal Colon, hombre rico y valiente, que á cada instante emprendía expediciones, con las que aumentaba su prestigio y su fortuna.

El almirante, que almirante le llamaban también, había cobrado gran afecto á Cristóbal, su sobrino, estaba seguro de su pericia, de su valor, y resolvió llevarle á un viaje de los más arriesgados, porque iba á tener que luchar con las galeras de los turcos.

Se habló mucho en Génova de esta expedición; los más valientes temblaban al pensar en el peligro con que amenazaba á los navegantes aquella empresa; pero el valor, la pericia del viejo marino y la calidad de los marineros que debían acompañarlos, despertaba la esperanza en todos de que regresarían victoriosos.

—Me llevo á tus dos hijos,—dijo al cardador de lanas el corsario.—Bartolomé y Cristóbal pueden servirme de mucho y aprender no poco en esta expedición.

—Mas si perecen...—contestó el pobre padre.

—Si perecen tanto peor para ellos... A ti te queda Diego, que sabrá ayudarte á bien morir cuando llegue el caso, porque no sale del convento, en donde le han hecho creer que llegará á ser un santo.

El cardador de lana comunicó á sus hijos los deseos de su primo, y Cristóbal y Bartolomé, entusiasmados, se entregaron al exceso de su alegría yendo á ver á su tío y participándole su satisfacción.

—Es una temeridad,—pensó Diego;—nuestro buen tío quiere sacrificar á mis hermanos, y no lo logrará.

Bartolomé estaba por entonces prendado de una bella aldeana que vivía al pié de las montañas que en forma de anfiteatro se extienden delante de la bahía de Génova.

Iba á verla á menudo, porque la amaba, y la *contadina* parecía verle con gusto y escuchar con placer sus lisonjas.

Pero dominado por la pasión de los viajes, Bartolomé estaba resuelto á sacrificar á este afán, á esta sed, á esta fiebre, los sentimientos amorosos de su alma.

Diego, que impulsado por el mejor deseo estaba resuelto á evitar la partida de sus dos hermanos, comunicó á la jóven los propósitos de Bartolomé.

Herida en su amor propio porque prefería su amante los azares de la expedición á su cariño, se prometió esclavizarle, y cuando una mujer se empeña en dominar á un hombre lo consigue.

Por de pronto despertó sus celos.

Se valió de terceras personas para que le dijeran que rondaba su casa un noble caballero.

Bartolomé, que no ocultaba nada á su hermano Cristóbal, le confió sus temores.

Estela, que así se llamaba la jóven aldeana le era infiel.

—Abandónala para siempre,—dijo Cristóbal;—mañana mismo nos damos á la vela... en el mar la olvidarás.

—La olvidaré, sí, mas despues de haberme vengado de ella.

—¿Pero estás seguro de su infidelidad?

—Seguro... no: me han hecho sospechar, no solo las noticias que me han dado, sino su actitud; su turbación al preguntarle acerca de mis dudas.

—¿Estás celoso?

—Celoso é indignado. Mañana partimos... ¿no es verdad?

—Sí, al amanecer.

—Pues hoy quiero ir á verla; y si es verdad que ama á otro, que me engaña...

—Cálmate, hermano mio. En ese caso, más que de tu indignación, será acreedora de tu desprecio.

Bartolomé fué en efecto aquella noche, y Estela, que lo único que deseaba era que no partiese, empleó los mil recursos que la mujer posee para lograr su objeto.

Cristóbal fué á su casa.

—Ya no partís mañana,—le dijo su hermano Diego.

—¿Cómo no?

—Se ha resuelto diferir la partida porque el tiempo no es nada favorable.

—¿Y quién te ha dicho?...

—El tío... que ha enviado además un recado con un marinero para noticiarnos su resolución.

—Voy, voy á ver,—dijo Cristóbal disponiéndose á salir.

Salió en efecto, y á pocos pasos de la puerta de su casa le detuvo una mujer anciana.

—¿Sois vos Cristóbal Colon?

—Yo soy, buena mujer, ¿qué queréis?

—Vivo en la campiña, al lado de una jóven con quien sostiene relaciones amorosas vuestro hermano Bartolomé.

—¿Y me buscáis?

—Para deciros que vuestro hermano se halla en un grave peligro.

—Hablad.

—Ha ido á ver á su amada, y ha sabido que habia huido con otro amante, ha corrido en su busca y como no están lejos y el seductor va acompañado...

—¡Ah! voy corriendo á auxiliarle.

—Yo os guiaré.

Se pusieron en marcha, y al salir fuera de la ciudad la anciana le llevó por un camino que Cristóbal desconocia.

—Esperadme aquí un instante,—le dijo al llegar á una encrucijada.

Desapareció, y una hora despues aún no habia vuelto.

—¿Qué es esto?—pensó,—me habrá engañado esa mujer para apartarme de mi hermano, para que no pueda prestarle auxilio. De todos modos yo buscaré la casa de Estela, yo averiguaré la verdad.

Y continuando su camino, pasó toda la noche perdido.

Al amanecer llegó á casa de Estela.

La jóven no habia salido de su casa.

Le preguntó Colon por su hermano y ella le aseguró que no le habia visto.

Corrió á la ciudad y en medio del camino oyó un cañonazo.

Avanzó más y más.

—¿Qué buque es el que acaba de darse á la vela?—preguntó á un aldeano que volvía de Génova.

—El del corsario Cristóbal Colon.

—¿Estais seguro?

—Yo lo creo... segurísimo.

Cristóbal, sin llegar á su casa, sin pensar en su hermano Bartolomé, corrió á la playa.

En ella encontró á Diego.

—Me has engañado anoche,—le dijo.

—Sí, Cristóbal,—contestó Diego,—os he tendido un lazo á Bartolomé y á tí para que no perezcais en ese peligroso viaje.

—¿Qué has hecho?

—Salvar vuestra vida...

—No... lo que has hecho es deshonorarnos.

—¡Cristóbal!
 —¡Eres un miserable!
 —Hermano mio.
 —Todo ha acabado entre nosotros... cuenta solo con mi odio.
 —Cristóbal... ¡por piedad!
 —No volverás á verme nunca.
 Y lanzándose á un bote.
 —Avanza,—dijo á un marinero,—hasta llegar al buque de mi tío que aún se vé.
 Con algua trabajo logró alcanzarle.
 Bartolomé perdonó á Diego.
 Cristóbal no volvió á verle desde entonces.

Capítulo LIX.

Un a reconciliacion.

El personaje desconocido, ó por lo ménos que habia permanecido hasta entonces en la colonia sin llamar la atencion de nadie, habia formado parte de la expedicion recomendado por el padre Boil, para el cual habia logrado cartas que le habian servido al logro de su objeto, que era el de acompañar á Colon en el viaje.

Solo sabian sus compañeros que se llamaba Diego, y que aunque no era sacerdote, por su traje, por su aspecto, por su carácter, tenia una gran vocacion para la carrera eclesiástica.

Hasta entonces habia sufrido con bondadosa resignacion todos los azares del nuevo viaje, todas las inclemencias de la colonia, y habia sido uno de los